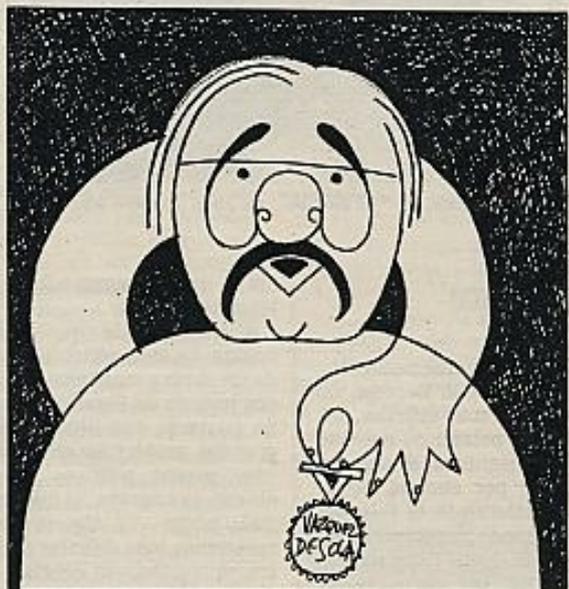


que privaron al autor de una sincronía estilística con el público. Juzgar a Lauro Olmo equivale un poco a pedirle al lector que juzgara como actual un número de TRIUNFO hecho de artículos escritos y prohibidos hace diez años. Ni el lector cometería la torpeza de considerarlos actuales ni nosotros toleraríamos que

obras en el cajón, que para el caso es igual.

¿Quién le devolverá a Lauro Olmo y a la sociedad española los años perdidos? El país los recobrarán, pero para Lauro y para quienes compartimos su tiempo histórico la pérdida es existencialmente irrecuperable. ■ JOSE MONLEON.



los valorase sólo en función de su fecha, puesto que en aquel entonces habían sido impubliables. Esta es la trampa que nos tiende la crítica de una obra como "La condecoración" y el primer motivo por el que me niego a escribirla...

El segundo sería una ampliación del anterior. La sospecha de que nadie tiene, hoy por hoy, ningún derecho a ser juez de "La condecoración", por la sencilla razón de que la historia española aún no ha establecido las bases necesarias para serlo. Defender la obra por su intencionalidad crítica, por cuanto hay en ella de rechazo y de denuncia de una realidad fascista, me parece discutible y aun con visos de mala conciencia. Cuestionarla, sacando a relucir los años que nos separan de su nacimiento literario, me parece aún mucho más grave.

Por eso no hago crítica. Y me quedo en expresar mi solidaridad ciudadana con Lauro Olmo y con dolerme de que la sociedad española haya tenido, por querer hablar críticamente de ella, al autor amordazado. O con las

CINE

"El bengador gusticiero y su pastelera madre"

Tras su experiencia como director cinematográfico en "País, S. A.", era de esperar que Forges se hubiese planteado la necesidad de concebir el cine como una entidad necesitada de planteamientos distintos al del "comic" o la viñeta; una simple acumulación de juegos visuales o verbales no basta para conferir a una película la necesaria autonomía como obra de expresión. Forges había trasplantado sim-

plemente sus normas de éxito en el chiste dibujado, ignorando hasta la mecánica elemental del cine: el resultado fue una película torpe, hueca y escasamente graciosa.

Con "El bengador gusticiero y su pastelera madre" (sic), segunda incursión en la dirección cinematográfica, Forges no ha ido mucho más allá, aunque sí algo. Lo que aquí ocurre es ya más grave: si bien esta película respecto a la anterior posee una coherencia mínima y hay un desarrollo más hábil de los chistes y las situaciones dramáticas, éstas y éstos son ingenuos y reiterativos. A lo que no ha renunciado Forges es a basar su película en la sucesión de "gags" (y aunque hay algunos realmente espléndidos, como el del árbol caído, la mayoría carecen de sentido, al ser casi independientes del conjunto de la película).

Las "intenciones políticas" de "El bengador..." son, como esos chistes, más bien intencionadas que eficaces. El Forges cineasta no es incisivo ni esquizofrénico, sino un hombre ingenioso que cree en sus chistes y carece de una dimensión más profunda de las cosas: lo que en los hermanos Marx era revulsivo, en Forges es gamberrada infantil.

Ese infantilismo es posiblemente lo peor de su película, que, unido a un todavía torpe dominio de la técnica cinematográfica (es decir, a una valoración del tiempo, el espacio, la imagen y el ritmo), da como resultado un producto que no interesa y que, por lo tanto, aburre (o me aburre). Lo que no evita que uno piense que, por el camino emprendido, Forges pueda alcanzar en otras películas posteriores un cine mejor; quizá porque ese enloquecimiento sea siempre apetecible (es excitante contemplar un trastocamiento de los términos "normales" de la realidad) y porque posee la suficiente osadía como para proponer un mundo propio. ■ D. G.

Un contexto imprescindible

"Ya no basta con rezar", de Aldo Francia (1971), es la primera muestra del "cine de la Unidad Popular" que llega hasta las pantallas comerciales españolas. Sin embargo, datos tan simples como los que aparecen en la fra-

se que acabamos de escribir—pero que resultan fundamentales para una certera comprensión de la película—han sido prácticamente dejados al margen en las reseñas hostiles de los comentaristas de diarios madrileños. Unos comentaristas que enjuician con suma complacencia cualquier subproducto norteamericano, pero que desdennan una obra honesta como "Ya no basta con rezar" en base a unos "criterios artísticos" celosamente guardados en el resto de las ocasiones. Mientras decenas de películas idiotizantes les resultan aceptables, estos gacetilleros sólo levantan su arsenal crítico cuando de un "film político" se trata: es el caso reciente de "Il delitto Matteotti", "Vogliamo i colonnelli" o de la propia "Ya no basta con rezar". Siempre que, por supuesto, ese "film político" detente una ideología contraria al derechismo en que ellos militan...

Aunque lo grave no es que expresen unas determinadas opiniones —suficientemente desprestigiadas como para ser tenidas en cuenta—, sino que priven a sus lectores de la información imprescindible a la que tienen derecho y mediante la cual una película puede ser mejor entendida. En el caso concreto de "Ya no basta con rezar", resulta completamente ineludible el situar la película en el contexto muy específico del que surge. Ese contexto se llama Chile, 1971, al año siguiente de la llegada al poder de la Unidad Popular, tras el triunfo de Salvador Allende en las elecciones presidenciales y el esfuerzo de los cineastas chilenos por realizar unas obras que sirvieran al proceso popular en la vía hacia el socialismo. Y más específicamente en el caso de "Ya no basta con rezar", la llamada a unos sectores católicos del país para que unieran sus fuerzas con todas aquellas que se identificaban con la lucha del proletariado. Aislar el film de Francia de todo este cúmulo de factores ya históricos supone una manipulación fraudulenta, un engaño al lector, ante el que las películas aparecen juzgadas como si todas ellas nacieran en un espacio ideal, al margen de cualquier circunstancia de espacio y tiempo, fuera de toda contingencia con su realidad. Actuando así, en definitiva, con el mediocre idealismo de quien responde por encima de todo a la defensa del orden establecido.